

pues son el cuerpo mismo y la sangre de Jesucristo. Grande, por el número de los que á ella están convidados, que son todos los hombres, ó, á lo ménos, todos los fieles. Grande, por la dignidad de los mismos convidados y por la santidad de sus disposiciones; pues no deben asistir á ella sino en estado de gracia. Grande, por el lugar en que se prepara, cual es toda la Iglesia. Grande, por su duracion, pues durará hasta el fin de los siglos, y solo acabará con el mundo. Grande, en fin, por su significacion, porque contiene una verdad, de la cual los misterios de la antigua ley no fueron más que figura y sombra. Todos vosotros, hermanos míos, sois llamados á esta mesa del Señor; y para avisaros y anunciaros de su parte este banquete, envia á sus predicadores; y con este destino, yo mismo me presento aquí, segun la obligacion de mi ministerio. Pero, ¿qué haceis vosotros? Un rico se digna convidar á un pobre á que coma en su casa, y el pobre se apresura para disfrutar el banquete; pero la mesa del Hijo de Dios está puesta, y es franca para nosotros, y nosotros nos excusamos de concurrir á ella. ¿De qué pretextos nos valemos para disculparnos? Unas veces damos por excusa los negocios temporales de que estamos encargados, y otras veces las obligaciones de nuestra condicion y estado. Ya decimos, como estos convidados del Evangelio: estoy imposibilitado de asistir, porque tengo una familia, cuyos cuidados enteramente me ocupan, y tengo hijos á quienes es forzoso acudir con lo necesario: *Uxorem duxi*. Ya decimos, que tenemos una hacienda que pide todo nuestro cuidado y atencion; ya un negocio que manejar; ya un empleo ú encargo con que cumplir: *Villam emi*. De este modo tenemos siempre excusa, ó siempre estamos persuadidos á que la tenemos, y bastante motivo para abandonar el más saludable de todos los sacramentos, y para no acercarse á recibirlo casi en tiempo alguno. Pero entre las excusas más comunes que usamos, ¿sabeis cuál es la más arriesgada y peligrosa? Es la que oímos á muchos falsos cristianos, que aseguran no tienen la pureza que corresponde para presentarse en una mesa tan santa; y que sus comuniones son pocas y raras porque no se creen dignos de hacerlas más frecuentes. No puedo ménos de confesar como una verdad cierta é indubitable, que la pureza del alma y la inocencia de la vida es una disposicion esencial y absolutamente necesaria, para participar del divino sacramento que en la comunión recibimos. Pero con todo eso, bien puedo establecer dos proposiciones, cuyo verdadero sentido deseo que comprendais bien, y en las cuales voy á dividir este discurso. Primeramente, digo: que la pureza que se requiere para recibir el sacramento de Jesucristo, no debe nunca servirnos de

excusa para la frecuente comunión. Digo también, que, por un efecto el más feliz y el más estimable, es la frecuente comunión uno de los medios más poderosos, más seguros y más fáciles para llegar á tener una santa pureza de vida. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Por más pureza que Dios nos pida para llegarnos á su augusto sacramento, no puede esto ser motivo, ni legítima excusa que nos dispense del frecuente uso de la comunión. La obligacion de llegar al sagrado misterio con toda la pureza conveniente, no debe en manera alguna perjudicar á la intencion de Jesucristo, ni al designio que tuvo presente en la institucion de la santa Eucaristía. ¿Cuál fué el intento y deseo de Jesucristo, instituyendo este sacramento? Él quiso que le recibiésemos con frecuencia; así lo desea, y á esto nos ha convidado siempre. Por esto nos dió este sacramento como comida, y por esta misma razon nos le dió como bebida, para hacernos comprender, que este era un alimento de que debíamos usar, no rara ni extraordinariamente, como usamos de los remedios, sino con frecuencia y continuacion, así como diariamente tomamos el alimento que mantiene nuestra vida. Y como todas las viandas y manjares, que mantienen la vida natural son igualmente comunes á todos los hombres, eligió también para alimento de nuestras almas la más comun de todas las comidas, aquella que sirve de alimento á los pobres y á los ricos, á los pequeños y á los grandes; quiero decir: que escogió este pan de cada día que pedimos á Dios, y que es el primer alimento de nuestra vida. Hermanos míos; si este sacramento es pan, y si es pan que debería todos los días alimentar vuestra alma, ¿está bien no recibirle en el discurso del año sino una vez?

Vosotros comunmente discurris así: Mi conducta es muy poco cristiana y muy poco edificativa para poder frecuentar un sacramento del que los mismos ángeles se creerian indignos; y así, no quiero comulgar frecuentemente. Así discurris; pero mejor seria que dijerais: Debo comulgar con frecuencia, y quiero hacerlo así, para conseguir el espíritu y virtud que Jesucristo desea, para no dejar inútil el precioso don que hemos recibido, para no privarnos de las inestimables riquezas que en él están encerradas; y pues la frecuente comunión no puede ser compatible con una conducta como la que sigo, no quiero renunciar esta frecuente comunión por el motivo de que no estoy para ello dispuesto, sino mudar de vida, y con esto disponerme para ella. De esta suerte, la pureza de vida que pide en nosotros el Salvador de los hombres, no serviria de impedimento ni

excusa á la frecuencia de este divino misterio; antes seria un motivo para trabajar en adquirir todo el mérito y toda la preparacion que se requiere; seria un motivo para combatir las pasiones y para vencerlas; seria un motivo para desprenderos del mundo, para desengañaros de sus máximas, para apartaros de sus empresas y sus maquinaciones, para retiraros de sus concursos, para privaros de sus espectáculos, de sus diversiones y de sus juegos, que siendo directamente opuestos á la moral cristiana, os separan de Jesucristo. Finalmente, seria un motivo para excitar vuestra piedad, y reanimar vuestro fervor; para dedicaros á la meditacion de las cosas santas, á los ejercicios de la penitencia, á la práctica de buenas obras, y al ejercicio de todas las virtudes capaces de haceros más agradables á Jesucristo, y de uniros más estrechamente con este Salvador de los hombres. Hé aquí, á lo que os empeñaria la obligacion de probar y purificar vuestro corazon, con el fin de disponeros para recibir en él á Jesucristo. A lo ménos, á esto os debia obligar la frecuente comunión; pero vosotros no quereis que os obligue á tanto. Descubramos ya con sinceridad todo este misterio. Si esta obligacion de probarse y purificarse, es para vosotros un obstáculo que os impide la frecuente comunión, es porque vosotros quereis que lo sea. Solo os es impedimento, porque quereis estaros siempre y quedaros en la misma esclavitud, y con las mismas amistades, sin hacer el menor esfuerzo para romperlas y salir de ellas. Solo os es impedimento, porque el mundo os agrada, porque quereis disfrutarle siempre, porque quereis estar siempre con compañías que os disipan y pervierten, y porque solo apeteceis los concursos deliciosos que os corrompen. Con que siendo solo obstáculo, porque vuestra depravada voluntad así lo quiere, bien puedo decir, que no es, en sí misma, impedimento; y tengo siempre fundamento para reprenderos lo mucho que os desviais de la comunión y sagrada mesa de Jesucristo, y el que pretendais justificaros con lo mismo que lo reprueba y condena.

Decís tambien, que nadie puede estar tan purificado como se requiere para comulgar. Verdad es, que nadie puede tener toda la perfeccion que se requiere, mirando la dignidad del sacramento, que será siempre, por más que hiciéremos, superior á todas nuestras disposiciones; pero al mismo tiempo se puede muy bien pedir en los que le frecuentan la perfeccion correspondiente, atendiendo á la flaqueza humana, la cual no desdeñó ni despreció el Salvador de los hombres, antes bien quiso alentarla por medio de este sacramento. Estos tales son unos enfermos llenos de dolencias y flaquezas; pero por eso mismo, el médico de sus almas los llama á sí para sanarlos

y fortalecerlos; y sino, observad como los que el Señor de nuestro Evangelio hizo recoger y llamar de las plazas públicas para traerlos á su cena, no fueron los ricos, los grandes, ni los santos, sino los pobres, los pequeños, los enfermos y los tullidos. No solamente no excluye á éstos de su mesa, sino que manda á sus criados que les hagan una especie de violencia para obligarlos y atraerlos al banquete. Y, ¿qué nos manifiesta esta figura? No es necesario reflexionar mucho para conocer lo que nos representa, y á vosotros os es muy fácil hacer la aplicacion de ella. Hermanos míos, yo os exhorto á que trabajéis sin cesar por conseguir la perfeccion necesaria para comulgar con frecuencia; haced cada dia nuevos esfuerzos por elevaros á ella; y si despues de todos los esfuerzos no llegais todavía á este feliz término, os diré lo que el ángel dijo á Elías: *Surge, comede; grandis enim tibi restat via.* III. REC. XIX, 7: venid con confianza y tomad este pan que se os ofrece: él os dará fuerzas para llegar al término de la carrera que teneis que perfeccionar; pues tengo presente, que Jesucristo no vino para los justos y fuertes, sino para los pecadores y los débiles: tengo presente, que Dios no ha formado los hombres para los sacramentos, sino que instituyó los sacramentos por los hombres; y que estos hombres, siendo de una naturaleza tan frágil, no son, por más perfectos que se supongan, de una naturaleza angélica; y que por más que ellos hagan, nunca se hallarán libres de algunas imperfecciones. Paso ahora á manifestaros que uno de los más seguros y poderosos medios para adquirir una santa pureza de vida es la frecuente comunión.

2. Entre todos los sacramentos ninguno hay que cause más singular efecto, ni aun tanto, como el sacramento del cuerpo de Jesucristo, pues imprime en el alma del que le recibe, un cierto carácter de pureza y santidad. Y ¿por qué este adorable sacramento tiene una eficacia tan grande, y de dónde nace esta superior virtud y actividad que en sí contiene? La razon es evidente; porque este sacramento contiene en sí al Autor de la gracia. Todos los demás sacramentos no obran sino por una virtud que dimana de Jesucristo, y que les tiene comunicada este Hombre-Dios; pero en éste es el mismo Jesucristo presente en su persona el que obra; porque este divino sacramento no es otra cosa que Jesucristo mismo oculto debajo de las especies que le encubren. Los demás sacramentos tienen unos efectos limitados, porque el Bautismo borra la original culpa, la Confirmacion nos fortalece para confesar la fe, el Orden nos dá potestad para ejercer los sagrados ministerios, la Extremauncion nos fortalece cuando estamos cercanos á morir, y nos alienta para este

último combate; pero la Eucaristía extiende su virtud á toda la vida del hombre para santificarla, y, si se me permite decirlo, para divinizarla; pues habeis de observar conmigo la excelente y esencial propiedad de la carne de Jesucristo en este misterio. Esta carne es un alimento; pero es el alimento de nuestras almas; y en lugar de que el espíritu, segun las leyes comunes y naturales, debe vivificar la carne, aquí, por un milagro superior á toda la naturaleza, es la carne la que vivifica al espíritu: *Caro meo verè est cibus*. JOANN. VI, 56. De donde se deduce cuan ventajosos son los frutos que pueden prometerse de la frecuente comunión; porque á fuerza de comer siempre un mismo alimento, poco á poco se toman las mismas cualidades; pero si no uso de ella sino rara vez, y si solo una vez la tomo por alimento en el discurso de un año, no me hará impresion alguna, y mi temperamento será siempre el mismo; y así, cuando un cristiano, solo en el tiempo de la Pascua se llega á la mesa de este adorable sacramento de Jesucristo, apenas sacará de este alimento alguna utilidad y provecho, y apenas podrá percibirlo. Es verdad, que es un alimento; alimento el más sólido de todos, yo lo confieso; y tambien sé que es un manjar del todo divino y todopoderoso; pero ¿de qué le servirá al hombre toda esta virtud y todo este poder, si por un disgusto natural, si por un afectado descuido no se alimenta de él, ni quiere acercarse á comerlo? De ninguna utilidad le será; pues si quiere que le sea útil y provechoso, es preciso que le usea comun y ordinario. Entonces verá lo que puede esta sagrada carne; y mil pruebas que en sí mismo experimentará, le convencerán de su virtud: ella le trasformará en un hombre nuevo; esta carne virginal amortiguará en su corazon el fuego de la codicia que le abrasa; apagará el ardor de las pasiones que le consumen; purificará sus pensamientos, arreglará sus deseos, reprimirá la rebeldía de sus pasiones, y las tendrá siempre sujetas á su espíritu. Esta carne santa le dará y llenará de una gracia victoriosa, que le hará triunfar de las perversas inclinaciones de la naturaleza, de las malas disposiciones de su temperamento, de las recaidas importunas de la costumbre, de los engañosos atractivos del placer, del cebo con que el interés nos mueve y lisonjea, y de todos los combates á que puede verse expuesto y en que infelizmente podria caer.

Por eso los santos Padres comparan este adorable sacramento, ora á buena levadura como aquella de que habla el Apóstol, que se difunde y se comunica á toda la masa y la hace crecer y levantarse, es decir: que se comunica á todas las potencias del hombre interior para animarle y vivificarle; ora á un fuego que penetra el hierro,

que consume todo su orin y herrumbre, que le abrasa y le enciende todo. Esta es sin duda una de las más bellas prerogativas del sacramento que recibimos en la comunión. Los otros manjares que usamos se convierten en nuestra propia sustancia; pero este alimento nos muda á nosotros mismos en lo que en sí contiene. Mudanza es esta, oh Dios mio, que me debe ser muy gloriosa como me es útil; porque más me conviene y es más digno de desear que yo sea convertido en vos, que no que vos esteis convertido en mí: vos, estando en mí, perderiais vuestra santidad, porque yo no soy sino pecado é injusticia: vos en mí perderiais todas vuestras perfecciones, porque por mí nada tengo y nada soy; pero estando yo convertido en vos del modo que puedo estarlo, adquiero todo lo que no tenia y me faltaba, y lo que no podia conseguir sino por vos. Yo que soy débil, entonces seré fuerte: yo que soy ciego, veré entonces con toda claridad; y yo que soy pecador, llegaré á ser santo por una muy dichosa trasformacion.

Todo esto, decís vosotros, supone ciertas disposiciones, sin las cuales la frecuente comunión, no solamente no obra nada de lo dicho, sino que en lugar de todas estas ventajas, no sirve sino de hacernos más culpables. Convengo con vosotros, y conozco que es verdad lo que decís; pero de esto mismo saco una nueva prueba de los frutos de conversion y de santificacion que debe producir la Eucaristía. Atended á mi discurso. No podemos dudar, segun las reglas comunes, que un cristiano que frecuenta la mesa de Jesucristo, y que se ha impuesto la ley de comulgar frecuentemente, tenga en su alma un gran fondo de cristiandad y de religion: tampoco podemos dudar, que no esté instruido suficientemente de la dignidad del sacramento que recibe, de la reverencia que se le debe, y de la preparacion con que debe llegar á recibirle. De todo lo cual infiero, que con este fondo de religion, y con este conocimiento de las disposiciones que pide tan divino misterio, no es moralmente posible que este cristiano comulgue con frecuencia, sin que continua y poderosamente se halle excitado á purificar su corazon, á arreglar sus costumbres, á reformar su conducta, y á poner entre sus comuniones y su vida toda la proporción necesaria que de él dependa; porque para un alma que tiene sentimientos de religion, ¿qué freno mayor para contenerla en las ocasiones, qué estímulo más fuerte para moverla, que este pensamiento: *Mañana, ó dentro de pocos dias he de llegarme á la mesa de mi Salvador y mi Dios, he de parecer en su presencia, y he de unirle con él?* Esta memoria y reflexion, ¿qué reprehensiones no dá, y qué remordimientos no causa en una conciencia

que no se halla enteramente limpia! ; Qué conocimiento de su indignidad! ; Qué turbaciones interiores y qué combates, que finalmente terminan en unas resoluciones muy santas, y en un propósito eficaz de formar una vida enteramente nueva! Esta es la razón porque los más hábiles directores de las almas, por lo comun, no usan de otro medio, ni más prudente, ni que sea más eficaz para contener á ciertos pecadores, y para hacer que permanezcan en el recto camino en que han entrado, convirtiéndose á Dios, que determinarles cierto número y frecuencia de comuniones en ciertos días y por cierto tiempo. Por esto mismo los maestros de la moral han establecido como una máxima indubitable, que para muchos, no solamente es útil la frecuente comunión, sino que es necesaria.

Aun suponiendo todo lo dicho, no vemos estos grandes efectos de la comunión. De este modo hablan muchas gentes del mundo, y esto mismo puede ser que me respondan ahora algunos en lo interior de su corazón; y siendo preciso desengañarlos en este punto, oid la respuesta que tengo que darles de mi parte. Los que esto dicen, si no ven estos efectos tan saludables y maravillosos, es porque no quieren verlos, porque no ponen cuidado, diligencia, ni atención para verlos. Los Santos más insignes de la Iglesia de Dios, y las almas más elevadas por su piedad, todas ó casi todas han tenido la santa costumbre de comulgar frecuentemente; y todo lo que en ellos hubo y hay de bondad, lo han atribuido y lo atribuyen particularmente á esta costumbre de comulgar frecuentemente; la que han mirado y miran como el principio de todas las gracias de que han sido adornados, y de todas las virtudes que han adquirido. Ya sé que algunos se han retirado por humildad de la frecuente comunión; pero también sé que los Santos, que así se gobernaron, fueron muy pocos; y que cuando se privaban de la comunión, era con sumo trabajo y dificultad; era por solo un corto espacio de tiempo, y solo en unas ocasiones extraordinarias y por inspiraciones particulares; pero todo lo que los Santos tuvieron y obraron y ejecutaron de particular y extraordinario, no nos debe servir en manera alguna de modelo, á pesar de que, para hacer lo que ellos hicieron, se quiera fundar en sus hechos nuestra ceguera y aún nuestra malicia. Aunque Dios por sus fines particulares haya inspirado á un Santo, que no comulgue con mucha frecuencia, sabemos que á otros muchísimos les ha inspirado lo contrario. Pero ¿qué digo? Sabemos muy bien, que este mismo Señor hace observar una conducta enteramente opuesta á casi todos los otros Santos. Pero sea de esto lo que fuere, no se puede decir que no se conoce en la cristiandad efecto alguno

de la frecuente comunión, pues hay tantas almas santas, que, con un consentimiento universal, se reconocen deudoras de todo lo que son á este santo ejercicio tan útil y tan constantemente practicado. Los que hacen profesión de frecuentar el sacramento de nuestros altares, viven por la mayor parte en mayor inocencia y en mayor regularidad de costumbres.

Aprendamos, cristianos, aprendamos á conocer mejor el don de Dios, y no nos descuidemos en recibir el mayor de todos sus beneficios: correspondamos á las instancias y convites del Señor, que nos llama á su cena y que nos ha preparado este suntuoso y delicioso banquete: no aleguemos vanos y frívolos pretextos, para privarnos voluntariamente de un bien que tenemos en medio de nosotros, y que deberíamos buscar al otro lado del mar. Puede ser que si no fuera tan comun le deseáramos mucho más, y que lo pidiéramos con mucho fervor. Pues ¿es posible que la liberalidad de nuestro Dios nos ha de ser dañosa, y que porque este Señor sea bueno, háyamos nosotros de ser más indiferentes? Dios mio, haced que todos nos encaminemos á vos con un santo temor, pero al mismo tiempo con una grande confianza. Vuestra divinidad nos llena de un religioso temor; pero vuestra infinita bondad nos anima con una filial confianza. Considerando nuestra indignidad, no podemos dejar de exclamar como S. Pedro: Apartaos de mí, oh Dios mio, porque soy pecador, y nada más. Luc. v, 8. Pero confiando, como el mismo apóstol, en vuestra gracia, queremos permanecer en vuestra presencia, y decir: ¿á quien otro hemos de recurrir, Señor? Separándonos de vos, ¿en quién encontraremos la salud y la vida? *Domine, ad quem ibimus? Verba vitæ æternæ habes.* JOAN. VI, 69. Recibidnos, Señor, dignaos venir á nuestro interior para enriquecernos con vuestros dones, y trasformarnos en cierto modo en Vos, á fin de que practiquemos las virtudes, hasta que un día podamos cara á cara, y sin velo alguno, contemplaros y poseeros en la eternidad feliz, que os deseo á todos.

## COMUNION.

(EXCUSAS PARA NO COMULGAR.)

### III.

*Ego veniam, et curabo eum. Centurio ait: Domine, non sum dignus.*

Yo mismo iré á curarle. El Centurion respondió: Señor, yo no soy digno.  
(*Matth. viii, 7.*)

Lo que pasó entre el Salvador y el Centurion, es lo que se renueva aun el día de hoy entre Jesucristo y nosotros. Jesucristo nos dice: Yo vendré á curar vuestras enfermedades espirituales. Y nosotros le respondemos: Señor, yo no soy digno de que vengais á mí. Palabras eficaces, que obran en nosotros un efecto totalmente opuesto á lo que significan, y hacen, con nuestra humildad, que cese la indignidad que nos atribuimos. Però ¿qué sucede muchas veces? Que nos aplicamos estas palabras en un sentido que dista mucho de la intencion de Jesucristo; y con una humildad mal entendida, nos servimos de nuestra indignidad para desviarnos más facilmente y por demasiado tiempo de la comunion. Excusa ordinaria que vamos á examinar en este discurso.

Dos suertes de personas dicen con el Centurion: Señor, yo no soy digno de recibirlos: los justos, que viven en la observancia de la ley de Dios; y los pecadores empeñados en seguir los desórdenes de una vida delincuente. Por lo que toca á los justos, no se puede dudar que es un sentimiento de humildad que los hace hablar de esa suerte; pero el saber hasta qué punto se puede llegar con esta humildad y si es razon que llegue hasta apartarlos efectivamente de Jesucristo y del sacramento; el saber si es respetarle verdaderamente, en cuanto es pan de vida, contentarse con reverenciarle y ado-

rarle, sin alimentarse de él; son cuestiones en las cuales me impiden entrar muchas razones particulares y generales, y os las dejo á vosotros para que las examineis.

Hablemos precisamente de los pecadores, que con mucha mayor razon que S. Pedro, le pueden decir á Jesucristo: Apartaos de mí, porque soy pecador: *Exi à me, quia homo peccator sum.* Luc. v, 8. A estos los divido como en tres especies. Llamo á los primeros pecadores sinceros, á los segundos pecadores ciegos, y á los últimos pecadores hipócritas y disimulados. Pecadores sinceros son los que, al tratar con Dios, tienen buena fe y no se han engañado á sí mismos. Pecadores ciegos, los que no se conocen y se engañan á sí mismos. Pecadores hipócritas y disimulados, los que cubren su dissolution con velo de piedad, y pretenden engañar á los otros. Los primeros tienen religion, y obran con espíritu de religion. Los segundos, aunque la tengan, se lisonjean y yerran en creer que obran por ella. Los terceros no la tienen en verdad, aunque quieran dar á entender que es ella la que gobierna sus acciones. Pues estas tres suertes de pecadores pueden usar del lenguaje del Centurion de nuestro Evangelio, y excusarse de la comunion, teniéndose por indignos de ella. Más aunque todos igualmente lo digan, no deben todos igualmente ser creidos. En los primeros, esto es, en los pecadores sinceros, esta excusa es una razon, pero razon que necesita aclararse; en los segundos, esto es, en los pecadores ciegos, esta excusa es un pretexto que conviene quitárselo; en los últimos, esto es, en los pecadores hipócritas y licenciosos, esta excusa es un abuso y aún un escándalo; escándalo y abuso que vamos á combatir. Veis ahí todo el asunto de vuestra atencion. Imploramos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Para explicar bien mi pensamiento, hablo, oyentes, de un pecador, que en medio de sus desórdenes conserva el fundamento de su fe, que reconoce el infeliz estado de su conciencia, confiesa su pecado, le gime y le llora; más con todo eso no se siente aún con perfecta disposicion para dejarle. Apartarse en este caso de la comunion, porque se halla indigno de ella, confieso que es una razon y una razon bien fundada; pues es evidente, y aún de fe, que el pecador, mientras dura su pecado, no puede llegarse á este sacramento sin incurrir en un sacrilegio enorme. Pero digo; que esta razon tiene necesidad de aclararse; y el aclararla consiste en hacer, que veais que el pecador no debe de tal suerte retirarse de la comunion por su indignidad, que juzgue, que absteniéndose de la participacion de

este divino misterio, ha satisfecho enteramente á su obligacion; antes debe estar persuadido de la obligacion que tiene de salir sin dilacion alguna del estado de su culpa para poder ser admitido á la mesa del Señor. De suerte, que la misma comunión le sirva de motivo, pero motivo urgente, que le ponga en necesidad de convertirse; y que con la consideracion de este sacramento adorable, de que le tiene retirado su culpa, haga los últimos esfuerzos para merecer llegarse á él con una verdadera y pronta penitencia. Veis ahí, la disposicion que debe tener; sin la cual pretendo que no hay solidez en su conducta.

Porque la principal máxima, hermanos míos, que no debe perder de vista un pecador, en lo que toca á la práctica de la comunión, es no separar jamás estas dos verdades, que son dos reglas inviolables en la cristiandad: la una, que Jesucristo nos manda alimentarnos de su carne; y la otra, que nos prohíbe alimentarnos de ella indignamente: la una, que la carne de este hombre Dios debe ser alimento de nuestras almas; y la otra, que este alimento, aunque por sí es saludable, se convierte en ponzoña para cualquiera que le toma en el estado de culpa. Si el pecador toma estas dos verdades separadas la una de la otra, se descamina y se pierde; pero si abraza las dos juntas, empieza á entrar en el camino de Dios. Porque oíd como discurre. Jesucristo me prohíbe alimentarme de su carne y me aparta de sí todo el tiempo que reina en mí el pecado; luego no debo alimentarme de ella en el estado presente en que me hallo. Pero me advierte él mismo, por otra parte, que si no me alimento de ella, ni tengo en mí, ni puedo tener aquella vida sobrenatural, en la cual consiste la santificacion y la felicidad de los justos; luego es necesario á cualquiera costa salir del estado en que vivo para hacerme capaz de este alimento. Yo no puedo dispensarme en la obediencia de uno ni otro de estos dos mandamientos; del primero, por el interés de Jesucristo; del segundo, por mi interés propio. Si comulgo indignamente, profano el cuerpo del Señor; y este es interés de Jesucristo, á que debo atender. Si no comulgo, soy homicida de mi alma, privándola de lo que solo la puede sustentar y hacer que viva; y este es mi propio interés que debo poner en salvo. Luego solo tengo un partido que tomar, y conviene necesariamente tomarle, que es mudar de vida, salir del pecado, volver á ponerme en gracia de Dios, y en estado de poder comer este pan vivo, que me vivifique.

Examinémonos, dice el Crisóstomo, y juzguémonos; no sea que participando del cuerpo de Jesucristo, hagamos que vengan sobre

nuestras cabezas brasas ardientes, esto es, la indignacion de Dios y sus venganzas. Más al propio tiempo añade: no os digo esto para que no le participeis, no lo permita Dios; sino para empeñaros en que le participeis con las disposiciones y segun las reglas que la ley de Dios os prescribe. Porque así como, prosigue el Santo, el participarle indignamente es arriesgarse á la perdicion, así el no participarle es la ruina y la muerte del cristiano.

Temed, amados oyentes míos, temed incurrir en los dos escollos á donde conduce hoy la preocupacion por no juntar estas dos verdades. Con tal que se le persuada á un pecador, y se consiga de él, que en lo exterior cumpla con lo que debe hacer como cristiano, y que se llegue á los altares, se alaba su religion, no se duda de que está convertido, no hay cosa que no se prometa de su perseverancia: este es el primer escollo. Y por otro lado, con tal que se le dé á entender á un pecador, que no puede llegarse á comulgar mientras está en la costumbre de su pecado, se cree que está hecho todo; y si este pecador confesando su indignidad, se está apartado de los altares, basta para quedar contento, como si con eso hubiera cumplido con toda la justicia. Con esto se le tolera y se le sufre que viva en su vida desenfrenada. Del primero de estos dos abusos ¿qué se sigue? Que haya entre los que comulgan tantos débiles, tantos soñolientos, tantos enfermos, y por valerme de la expresion de S. Pablo, tantos que duermen el sueño de la muerte. I. Cor. 11, 50. Y con el segundo ¿qué sucede? Que entre los que no comulgan haya tantos escandalosos, que están el día de hoy como en posesion de no dar á la Iglesia muestra alguna de cristiandad; pues la muestra más esencial que nos distingue como cristianos, segun el Apóstol, es la participacion del cuerpo de Jesucristo. Reflexionemos, que este sacramento se instituyó para los pecadores, como para los justos. No digo para los pecadores impenitentes, sino para los pecadores convertidos, para los que han mudado de vida y se han restituido á la gracia. Cuando vos, adorable Salvador mio, estuvisteis en el mundo, no os desdeñasteis de comer en la mesa de los pecadores; ahora con una disposicion muy diferente, pero siempre con el mismo espíritu, admitís en vuestra mesa á los pecadores que hacen penitencia; y como entónces comiais en la de los pecadores, que vuestra gracia convertia con mucho más gusto que en la de los fariseos soberbios, así no hay cristianos que hallen en vos más favorable acogida que los pecadores que se convierten y dejan sus culpas por volverse á allegar á vos. Pero esto, como dije, supone que son pecadores sinceros y proceden con buena fe: porque si son mundanos que se ciegan y

se lisonjean, el imaginado respeto que alegan para retirarse del sacramento de Jesucristo, no es razon que necesita de aclararse, sino pretexto que es necesario desvanecer; y esto es lo que ahora emprendo.

2. No hay cosa más sutil que el espíritu del mundo, ni tampoco más artificiosa para dar á las cosas el color y forma que requiere, cuando pretende deslumbrarnos y engañarnos en el juicio que hemos de hacer para discernir los caminos de Dios. Porque en tal caso no hay motivo especioso que no nos represente; y muchas veces nos dejamos engañar hasta llegar á persuadirnos, que aún retirándonos de Dios le honramos. Veis aquí pues el carácter de otros pecadores, de los cuales he de hablar ahora, quiero decir, de aquellos pecadores que, preciándose de tener religion y de obrar con espíritu de religion, se engañan á sí mismos; y apartándose del camino derecho y llano de la verdad, se fabrican un error craso de su imaginada humildad. Dicen éstos, y aun lo piensan así, que se retiran de la comunión por respeto, porque convienen delante de Dios en que son indignos de ella. Más yo digo, que este respeto en ellos es un respeto vano. Pretendo y voy á hacerles ver, que este respeto, segun ellos le practican y examinándole segun sus circunstancias, es un respeto falso. Ultimamente añadido, que es un respeto que no tiene conformidad alguna con el que siempre han mostrado los cristianos verdaderos, cuando se han retirado del sacramento de Jesucristo, segun las reglas y espíritu de la Iglesia.

Digo que es un respeto vano: un respeto que deja al pecador con las mismas imperfecciones, y no le hace ni más constante, ni más ajustado, ni más virtuoso; un respeto cuya calidad es apartarse de la comunión únicamente; ¿no es este, con toda evidencia, un respeto inútil y sin fruto? Si el respeto que tienen, ó juzgan que tienen á Jesucristo, fuera el verdadero motivo que los retirara de la comunión, este motivo, á fuerza de obrar en ellos y de hacer impresion en sus corazones, los empeñara en alguna cosa más; y por poca eficacia que tuviese, por lo ménos se manifestaria en su conducta que están movidos. Pues esto es lo que de ningun modo se echa de ver; porque este motivo, si realmente les hiciera fuerza, ¿qué obraria en ellos? ¿A dónde los llevaria la práctica de este sentimiento? A despegarse del mundo; pues el amor del mundo, por su confesion propia, es el que los hace indignos de la mesa del Hijo de Dios. Estando, como lo estuvieran, penetrados de la vista de su indignidad, y reconociendo que esta indignidad nace de una afición infeliz que tienen al mundo, á sus mentirosas alegrías, á sus divertimientos poco cristianos y muy peligrosos; á sus artificios, á su vanidad y fausto ¿qué hicie-

ran? Se priváran de esos divertimientos, se vedáran de esos placeres, disminuyéran ese fausto, renunciáran esa vanidad, dejáran esos artificios.

Pero nada de esto hacen; y á juzgar de ellos segun sus obras, no se puede creer que tienen aun la menor disposición para realizarlo. Antes ellos mismos, si me valiera del testimonio de sus conciencias, confesarían, que se hallan muy distantes de practicarlo. Luego no es verdad que este motivo les hace fuerza, como lo pretestan ellos: luego no es este respeto el que los retira de los misterios divinos. Pues ¿qué es? Ya lo dije, y lo vuelvo á decir: Una afición obstinada que tienen al mundo y á lo que se llama mundo.

No solamente es respeto vano, sino falso: ¿por qué? Porque no está acompañado de dos condiciones esenciales que debe tener. La una es el dolor, y dolor vivo de estar apartado del cuerpo de Jesucristo; la otra es el deseo, y deseo ardiente de llegarse á él: dos condiciones inseparables del verdadero respeto; más no las hallará el mundano en su corazón, si quiere entrar bien dentro de sí mismo.

Cuando la Iglesia, practicando con los primeros cristianos todo el rigor de su disciplina, los apartaba de la comunión por algun tiempo ¿qué hacían ellos y qué sentimientos eran los suyos? Los Padres nos enseñan, que caían en la más profunda tristeza, que gemían, suspiraban, derramaban arroyos de lágrimas, y miraban este estado como una reprobación temporal. De este modo, aunque estaban apartados de Jesucristo, mostraban su respeto, y un respeto sólido para con él. Más esos mundanos de que hablo ¿han sentido jamás las impresiones de este cristiano y religioso dolor? Apelo al testimonio de su corazón, y atestiguo esta verdad con ellos mismos. Cuando están apartados de la comunión, ¿con qué tranquilidad no llevan este desvío? ¿Con qué indolencia no se ven separados del Dios de su salvación? ¿Con qué insensibilidad no se acostumbran á este retiro, no solamente llegando á no sentir aflicción, sino aún á hallar en eso mismo su consuelo?

Y ¿qué deseo tienen ellos de la comunión? El respeto que debo tener á Jesucristo, puede alguna vez empeñarme en retirarme de la comunión por algun tiempo; más no debe jamás, si es verdadero, apagar en mí, ni aún disminuir el deseo de la comunión. Al contrario, en cierto sentido, debo desear con más viveza la comunión, cuanto más indigno de ella me conozco. ¿Por qué? Porque es evidente que, por lo ménos, en este deseo hay algun recurso contra mi indignidad. Los primeros fieles, al verse privados del uso de los sagrados misterios y de la comunión, mostraban una ansia viva y ar-